

ENSEÑAR CON AUTORIDAD

En las tertulias de todo tipo, el tema preferente es hoy la crisis económica. Pero hay otras crisis quizá más importantes y más difíciles de superar. Entre ellas, la crisis de autoridad que venimos padeciendo agudamente.

Es fácil detectar y diagnosticar esta crisis en tres ámbitos muy distintos: en la familia, en la sociedad civil que rigen gobiernos de uno u otro signo, y en la Iglesia. No hace falta explicarlo mucho porque está a la vista. Pero apuntemos algunos rasgos de cada uno de estos tres espacios en los que el déficit de autoridad es preocupante.

En la familia, son muchos los padres que hace tiempo dimitieron de ejercer la autoridad paternal sobre su prole. Como es muy difícil y a veces se antoja imposible, es mejor dejar a los niños y adolescentes que campen por sus fueros. Así hemos llegado a conocer la tiranía de los niños, los hijos maltratadores, la concesión de todos los caprichos a los menores y, al final, que cada uno viva en su mundo y al margen de los otros miembros de la familia. Es una de las formas de introducir en la sociedad la anomia y el relativismo moral: es bueno lo que me apetece y malo lo que me fastidia.

En la sociedad civil, los gobiernos de turno van saliendo del paso a golpes de timón, pero sin rutas educativas, morales y ni siquiera económicas definidas. ¿De dónde procede el movimiento de los indignados? E indignados nos sentimos muchos, aunque no salgamos a la calle ni ocupemos la Puerta del Sol o las Ramblas de Barcelona. Aún así, seguimos poniéndonos las leyes por montera, sean leyes financieras, circulatorias o de cualquier tipo.

En la Iglesia, la crisis de autoridad viene de lejos. El poder de convocatoria está disminuido y la credibilidad de obispos, sacerdotes, etc. para grandes sectores anda por los suelos. Al menos, eso dicen las encuestas.

Sin embargo, la autoridad bien entendida es imprescindible para que las cosas funcionen mínimamente bien. Sin autoridad se produce el caos. Y nos perdemos en él.

De Jesús se decía que “enseñaba con autoridad, no como los letrados”. ¿De dónde procede la autoridad de Jesús? Desde luego de su Palabra cálida y fácil de entender. Que surge del convencimiento de que se está proclamando la verdad. Pero hay otra razón todavía más de fondo: la coherencia, la autenticidad, la honradez. Jesús, como se decía de Moisés, es digno de fe por su misericordia. Sólo los hechos avalan la verdad de las palabras.

Sólo seremos creíbles y ejerceremos la necesaria autoridad –que no es sinónimo de poder- para hacer crecer a las personas y a la sociedad en la medida en que seamos honestos y eficaces. El amor cordial y eficaz de padres a hijos, de gobernantes a gobernados, de autoridades eclesíásticas a fieles y no fieles, es la única garantía de fiabilidad. ¿Cuándo se podrá decir de las personas que están investidas de autoridad que son de fiar? Cuando sean honradas y expresen con los hechos lo que pregonan con sus palabras. Como Jesús de Nazaret.

JOSÉ MARÍA YAGÜE CUADRADO



Eginio Weinert